

OCTUBRE MISIONERO CLARETIANO 2010

● 24 octubre: Domingo XXX del Tiempo Ordinario, ciclo C.

Comentario

«El que se humilla será enaltecido»

Si el domingo pasado el evangelio nos hablaba de la vinculación entre la oración del cristiano y la misión de la Iglesia, hoy expresa otra dimensión no menos importante: la fuerza de transformación que la oración ejerce en la persona del orante mismo. La referencia fundamental e imprescindible que la Iglesia posee para comprender su propia plegaria ha sido siempre el ejemplo de Jesús de Nazaret, su Maestro y Señor, que se caracterizó por ser un hombre de profunda y constante oración. Pues la oración de la Iglesia tiene su modelo en la oración del mismo Cristo durante su vida terrena. Aun más, la oración de la Iglesia es prolongación de la plegaria de Cristo y, al mismo tiempo, nos configura con él. Pero, por esta razón, resulta imprescindible que ésta sea siempre genuina, siguiendo fielmente el ejemplo recibido por el Señor. Aquí reside la enseñanza de Lucas, que se sirve de una parábola donde se destacan los contrastes: la contraposición entre la actitud del fariseo y la del publicano. Ambos personajes representan dos aspectos de nuestro ser siempre latentes en nuestro interior, pues la parábola, al hablarnos de dos personajes diversos, trata de revelarnos la naturaleza ambivalente de nuestra propia relación con Dios.

Toda oración busca siempre ser escuchada. Lucas recuerda que la única oración que llega a oídos de Dios es aquella que se identifica con la de Jesús, la que nace de un corazón humilde que busca cumplir su voluntad. En la persona de Jesús cobra sentido pleno el precioso pasaje del libro del Eclesiástico: *«Los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan»*. Por el contrario, las palabras del fariseo son un himno a la propia autosuficiencia y autocomplacencia, un elogio de sí mismo cargado de soberbia y vanagloria. Por ello resultan finalmente estériles ante Dios. Al contrario que el orgulloso fariseo, el publicano no pretende sacar a relucir una lista de méritos que le garanticen el beneplácito divino. Sorprendentemente, sin embargo, el publicano *«bajó a su casa justificado»*, pues deposita toda su confianza en la misericordia de Dios. Se sabe y se reconoce pecador y necesitado ante el tribunal divino, por lo que su plegaria es escuchada con agrado. La humildad y sencillez que debe caracterizar la verdadera oración cristiana debe impregnar toda la vida, como opción fundamental de la existencia del creyente, según nos recordaba el mismo Lucas algunos domingos atrás evocando palabras del Señor: *«Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado decid: “Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer”»*.

No es la única vez que Lucas expone ciertas enseñanzas fundamentales del mensaje cristiano comparando dos personajes en los que el lector de su evangelio puede ver reflejadas dos actitudes antagónicas. Lo vemos nuevamente, por ejemplo, en el momento crítico en el que Jesús ha sido clavado en la cruz en medio de otros dos condenados a muerte (Lc 23, 39-43, Lucas es el único evangelista que describe este episodio). La escena representa el momento crucial en el que un ser humano puede optar finalmente por Jesús, o bien rechazarlo. La sentencia que uno de los malhechores dirige a Jesús en la cima del Calvario nos recuerda vivamente la actitud penitencial y suplicante del publicano, como podemos comprobar aquí al compararlas: (malhechor crucificado) *«Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino»*; (publicano) *«¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador»*. Todos podemos recordar también otro elocuente ejemplo con este mismo esquema literario en la parábola conocida como el hijo pródigo, donde Lucas compara la actitud de los dos hermanos frente a su padre (Lc 15, 11-32). Como en el evangelio de este domingo, el evangelista

nos invita siempre, con estas escenas en forma de díptico, a discernir nuestra propia actitud frente a Dios.

Subsidio para la liturgia dominical

● Introducción

Hoy coinciden dos momentos fundamentales del octubre misionero: el Domund y la solemnidad del P. Claret. Es un día en el que, probablemente haya una especial donde celebremos al Fundador, pero aquí hacemos otro formulario con las lecturas del domingo, para poderlo seguir en las otras misas y dejar así la misa del triduo para la celebración principal.

Comenzamos hablando del don que hemos recibido: de la fe que hemos de transmitir. Esa fe se compone de dos cosas: un conocimiento del Dios verdadero y un contacto personal con Él. Después vimos que la Escritura es el lugar por excelencia donde Claret conocía al Dios que se nos revela y que nos pide que le anunciemos. Ahora vamos a seguir ahondando en la experiencia misionera del P. Claret y profundizaremos en el primero y principal de los medios de los que Claret se valía para anunciar el Evangelio: la oración. Aunque a veces queda un tanto olvidado entre todas las cosas que hacía el P. Claret estaba convencido que él era incapaz de acercarse a un alejado hasta Dios ya que la fe es, ante todo, un don. Por eso lo primero que él hace es dedicarse a la oración para que su obra de fruto.

PALABRA DE DIOS

► Lectura del libro del Eclesiástico 35,12-14.16-18.

El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

► Lectura de la 2ª carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 4,6-8.16-18

Querido hermano:

Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone. Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

► Del Evangelio según San Lucas 17,11-19

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo."

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. "

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido."

Orientaciones para la celebración

► Tema central

La oración humilde como herramienta misionera.

► Propuesta de homilía

Hoy toda la Iglesia celebra el día del Domund, un momento para revitalizar nuestra preocupación misionera, para colaborar con aquellos que han dejado todo para anunciar el Evangelio, para preguntarnos si estamos cumpliendo con aquel mandato de Jesús: “Id y anunciad”. Y además se nos ofrece el ejemplo de san Antonio M^º Claret, un misionero grandioso que enseñó cómo acercarse a Dios en un momento en el que la sociedad estaba perdiéndolo de vista.

Al hablar del P. Claret vamos a preguntarnos dos cosas, con intención de imitarle: ¿Cómo anunció el Evangelio? ¿Qué fue lo más importante que hizo? Lo primero que nos llama la atención es que fue de pueblo en pueblo, sin quedarse a vivir de forma fija en ninguno, para reavivar la fe. Estuvo en los lugares más lejanos de la España de entonces: Canarias y Cuba. Además, dándose cuenta de que él solo no iba a ser capaz de llegar a todos, fundó una Congregación de Misioneros que se dedicasen también a llevar la Palabra de Dios por todos los medios posibles. ¿Será esto lo principal? Si duda fue lo que le ocupó más tiempo, pero nunca lo consideró su acción principal.

Tendremos que seguir buscando. Puso también mucho esfuerzo en las catequesis de los niños y de los adultos. Buscaba nuevas maneras de explicar el catecismo a los niños, para que atendieran mejor y se les grabara con mayor facilidad. Escribió catecismos con tanto interés que hasta dibujó él mismo las láminas que lo decoraban. Sin duda ésta fue una de sus grandes tareas, pero no fue la principal.

También hizo folletos y libros buenos para que la Palabra de Dios entrara en las casas a las que él no podía acercarse. Es más, fundó una Librería Religiosa para llegar a todos los hogares y conseguir que, a través de las letras, Cristo inundara cada una de las familias. Pero tampoco éste fue el medio fundamental.

¿Cuál fue su principal acción misionera? Él enseñaba a los nuevos misioneros que sólo hay una tarea auténticamente necesaria para que el evangelio llegue al corazón de los hombres: la oración. Y ésta era su principal tarea, pues de nada servía todo lo demás si Dios no hubiera tocado los corazones de los que escuchaban sus palabras o leían sus libros. No sólo rezaba él, sino que se esforzaba mucho por conseguir que la gente rezara. Les enseñaba tres grandes modos de hacer oración: el primero era repitiendo oraciones o jaculatorias, pensemos en el Rosario, al que le tenía un especial cariño. El segundo modo de oración consistía en hablar con Dios, pedirle por nuestras necesidades y darle gracias por todos los dones que nos concede. El último modo consiste simplemente en acompañar y observar a Dios. Claret invita, en una de sus cartas, a ser como el burrito del portal de Belén: simplemente estar allí y admirar lo que Dios está haciendo. Da igual el método que utilicemos para hacer nuestra oración, pero sólo podremos indicar dónde está Dios si antes nos hemos encontrado con Él.

Decíamos al principio que todos estamos llamados a obedecer a Jesús y a cumplir su mandato, pero no todos tenemos que hacerlo de la misma manera. Ojalá haya muchas personas que como el P. Claret o como san Pablo dediquen toda su vida a llevar el Evangelio a los demás. Y esta es nuestra primera tarea a la hora de cumplir el mandato del Señor: fomentar las vocaciones misioneras, animándolas, rezando por ellas, facilitándoles el camino, estando orgullosos cuando de nuestra parroquia salga una persona que quiera dedicar todo su tiempo a llevar el Evangelio a los demás. En segundo lugar tenemos que apoyar a los que ya están cumpliendo la misión de Jesús. Dios quiera que no haya ningún misionero que se queje, como lo ha hecho san Pablo en la lectura de hoy, de que todos le abandonaron. Mandémosle dinero para su comida y sus obras, informémonos de lo que hacen, de cómo lo hacen, acójámoslos cuando vengan, vamos a escucharles cuando vengan... Por último, seamos humildes, como el publicano de la palabra, y pidámosle a Dios por ellos, para que su anuncio dé fruto, y haga que el evangelio llene los corazones de aquellos que lo reciben.

Si hacemos esto, también podemos considerarnos, como Claret, Misioneros de la Iglesia.

LA MISA DE HOY

■ Ambientación

Hoy es un día especial para la Iglesia pues coincide el Domund con la fiesta de san Antonio M^a Claret. Cada año estamos acostumbrados a celebrar ambas en días cercanos, pero hoy se unen las dos. El punto común lo tiene el mandato de Jesús que nos pidió que fuéramos y anunciáramos el evangelio. La misión de la Iglesia nace explícitamente de un mandato de Jesús. Es por esto por lo que cada año nos volvemos un poco más misioneros colaborando con los que han abandonado todo para conseguir que la Buena Noticia llegue a todos.

Este mismo mandato de Jesús es el que resonó en el corazón del P. Claret y el que le hizo dejar todo para dedicarse a cumplirlo. Pero en nuestro santo este mandato tomo un matiz especial, pues a él no le agobiaban tanto las personas de lejos, que todavía no habían escuchado el nombre de Jesús, cuanto las personas de aquí que, habiéndolo escuchado, se habían apartado de Él.

Que esta Eucaristía sea para nosotros un doble impulso: El primero para ser consciente del mérito de aquellos que han dejado todo para convertir en realidad las palabras de Jesús, y para colaborar con ellos, que tantas veces pasan penurias económicas. El segundo para llevar la Palabra de Dios a nuestro entorno, que ha perdido la luz que ofrece la Buena Noticia que nos ha entregado Dios.

■ Monición a la Palabra de Dios

Hoy san Pablo se presenta orgulloso porque la Palabra de Dios ha sido anunciada, pero no por propio mérito, sino con la ayuda del Señor que le dio fuerzas. Y es normal que lo hiciera, pues, como dirá la primera de las lecturas, Dios escucha la súplica del oprimido. Claro que no podemos pensar que Dios va a escuchar a todos, pues nuestras oraciones han de ir acompañadas de las buenas actitudes que las apoyan. Escuchemos también la parábola del Jesús en el Evangelio en la que se nos dice la actitud que hemos de tomar a la hora de acercarnos a nuestro Padre del cielo. Escuchemos con atención.

■ Oración de los fieles

Que nuestra oración de hoy se eleve más que nunca de unos corazones humildes y sobre todo agradecidos por lo que ya el Señor nos está dando cada día.

1ª.- Te pedimos, Señor, por el Papa y los Obispos para que, como San Antonio M^a Claret, se dediquen a la oración y al servicio misionero de la Palabra de Dios. Roguemos al Señor.

2ª.- Sigue llamado, Señor, a nuevos jóvenes que sean capaces de dejar todo para dedicarse a ir a todos para anunciar el Evangelio. Roguemos al Señor.

3ª.- Haznos, Señor, generosos, para que los misioneros no se sientan abandonados, como le ocurrió a san Pablo, por aquellos que le enviaron a anunciar el Evangelio. Roguemos al Señor.

4ª.- Danos imaginación, Jesús, como se la diste al P. Claret, para que anunciemos tu Buena Noticia de un modo nuevo a las personas de nuestro alrededor, a las que parece que hay que hablarles de ti de un modo nuevo para que escuchen algo. Roguemos al Señor.

5ª.- Acuérdate, Jesús, de los alejados, sé tú quien tome la iniciativa y encuéntrate con ellos, para que puedan verte y convertirse en seguidores tuyos. Roguemos al Señor.

Escucha, Señor, la oración que dirigimos con confianza. Por Jesucristo...

■ Monición final

Salgamos de aquí con el firme deseo de ser como el P. Claret: auténticos misioneros, capaces de hablar de Dios a aquellos que no le han escuchado y de pedirle a Dios por el acercamiento de los alejados, para que puedan volver a descubrir la grandeza y generosidad de nuestro Padre común.